

EL PÚBLICO

"...un gran acto de amor y de comprensión entre los hombres".

EDUARDO II DE INGLATERRA

Así define su director, Lluís Pasqual, su primer espectáculo como director del Centro Dramático Nacional, que acaba de estrenarse después de un prolongado aplazamiento, debido al accidente y la sustitución del actor Juan Gea, intérprete del personaje de David Gaveston, el amante del rey Eduardo II

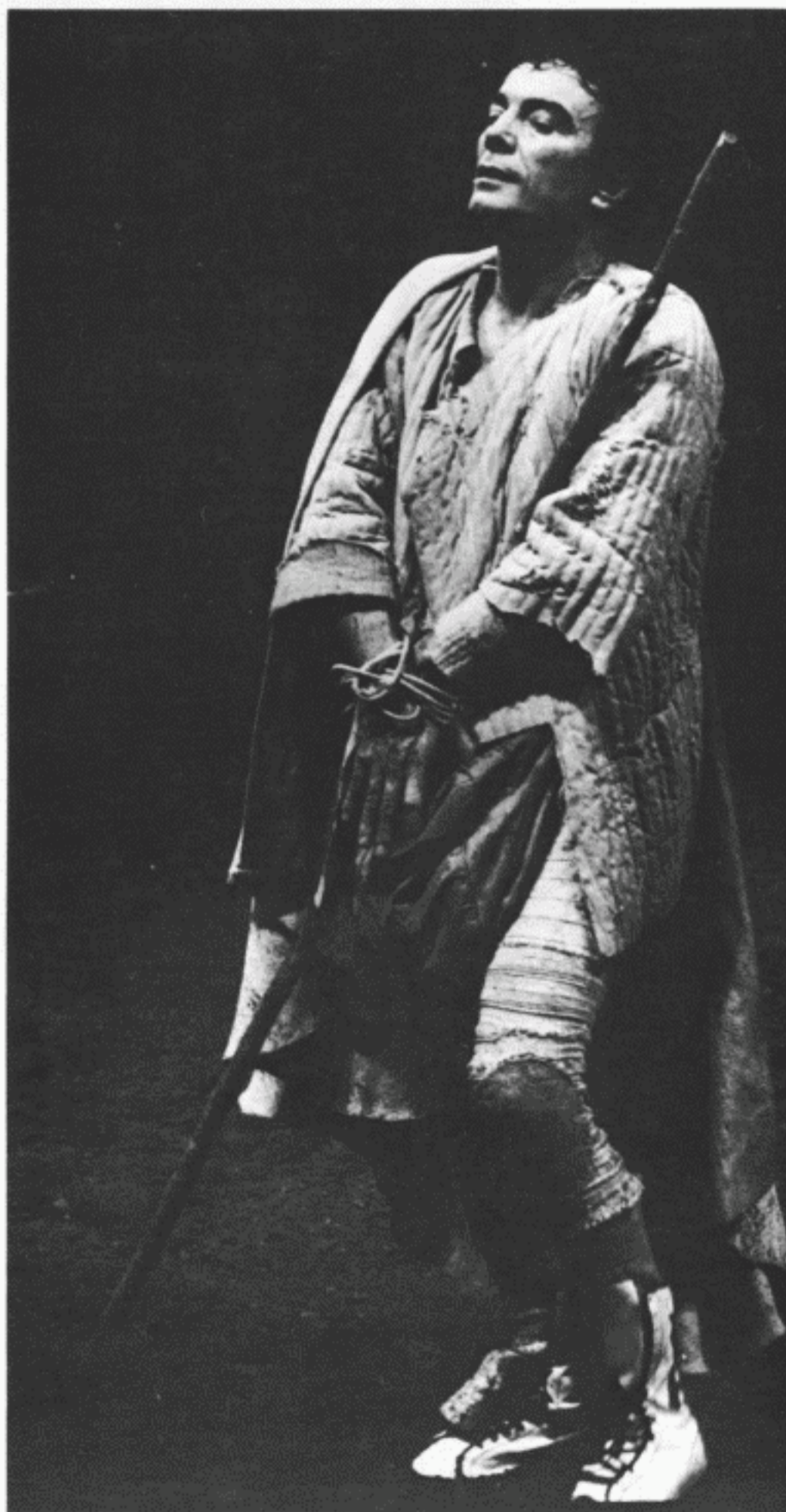
de Inglaterra, que interpreta Alfredo Alcón, en un reparto en el que figuran Pedro del Río, Carlos Lucena, Fidel Almansa, Mercedes Sampietro, Ricardo Moya, Francisco Casares, Alberto Delgado, José Luis Pellicena, Chema Muñoz, Julián Argudo, José Hervás, Juan Jesús Valverde, Antonio Maroño y Antonio Banderas.

M. P. C.

Christopher Marlowe escribió en 1595 *El turbulento reinado y la lamentable muerte de Eduardo II de Inglaterra*, un título que, cambiado el nombre, hubieran podido poner sobre su propia tumba, tras su oscura y violenta muerte el mismo año que escribió su obra, cuando sólo contaba 23 años. Sus críticos pudieron escribir después de él, que fue el gran creador del drama renacentista y su fama le hizo pasar por maestro de Shakespeare y más aún, si se hiciera caso de la leyenda que envolvió su azarosa vida, por autor de algunas de las obras hoy tenidas por hijas de la pluma de Shakespeare, pues no ha faltado quien asegure que su muerte fue un capítulo más de su trepidante y engañosa vida. Lo cierto es que Marlowe, hijo de un zapatero, de costumbres licenciosas, metido a actor, excéptico, republicano y discípulo de Raleigh y de Maquiavelo, debió de ser víctima de una purga policial, en forma de reyerta, cuyo golpe de gracia fue una puñalada en un ojo.

En 1924, Bertolt Brecht y Lion Feuchtwanger traducen y adaptan al alemán para su puesta en escena en Munich, que dirige el propio Brecht, una sexta parte del texto de Marlowe. Esta versión, desandada y espigada otra vez en el texto original, aunque conservando el esquema básico de Brecht, es la que ha servido para el montaje que acaba de estrenarse en el María Guerrero bajo la dirección de Lluís Pasqual. Sus autores son Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma.

El espectáculo que al fin llega al público, después de recambiar a uno de los actores y de sufrir varios percances, es básicamente el mismo montaje dirigido por Lluís Pasqual en los meses de abril y mayo de 1978 en el local de la sociedad cooperativa Teatre Lliure, con Josep M. Flotats en la interpretación del Eduardo II. Pasqual ha querido que este espectáculo, que apenas verían 20.000 personas en Barcelona, fuera su credencial madrileña en la inauguración de su gestión al frente del Centro Dramático Nacional. Y hay que agradecerle su regalo, no por esperado menos conmovedor, menos lleno de pasión y de belleza. Ahí está sobre el elíptico espacio, instalado en pleno patio de butacas del Teatro María Guerrero esta cruel y turbadora historia de un oscuro mo-



"Ecce Homo": Eduardo II inicia el camino de la muerte. (Foto: Fernando Suárez)

narca inglés, según las crónicas, convertido en un personaje de tragedia, en una descomunal interpretación de Alfredo Alcón, atravesando cada noche ese trágico itinerario hacia la muerte, en una historia donde se mezcla la violencia de su pasión por su amante y favorito Gaveston, que

interpreta Antonio Banderas, y la lucha por el poder de quienes encuentran en la debilidad del rey las razones para planear su relevo y ocupar el trono.

Espectáculo admirable, ha sufrido con la sustitución del actor Juan Gea por el jovencísimo Antonio Banderas un cambio sensi-

ble y, acaso rompiendo el equilibrio buscado por Pasqual, ha abierto paso a un grado de morbosidad y de violencia mayor, donde el propio dato histórico de la relación entre Gaveston y el entonces príncipe de Gales aparece descompensada en edad y contenido. Hay ahora un mayor encanallamiento, mayor violencia, más temperatura y una vuelta más en la rosca del delirio de esta feroz parábola en la que pierde, frente a la razón de Estado, el drama personal. El verso poderoso de Marlowe, pasado por el filtro de Brecht y reescrito en verso irregular castellano, sobre todo por Gil de Biedma, es de una rotunda perfección, de una economía y sobriedad inmensa, que parece provocar que la metáfora se produzca en escena, antes de que la anticipe la palabra. Es entonces un placer asistir a la dirección metódica de Lluís Pasqual, a la perfecta ejecución de las imágenes buscadas en la iconografía cristiana, de un "Prendimiento", un "Ecce Homo", una "Cena"... cuando comienza la pasión de su personaje. Es admirable asistir al paso vertiginoso del tiempo, casi veinte años de reinado, contados sin convenciones temporales, por unos actores que no envejecen y en un espacio que sigue siendo el mismo: viejas maderas, agua, tierra, cerveza, hierro... perpetuo campo de batalla, aunque sugiera en un momento una pradera, la abadía de Westminster, la sala del trono o el calabozo-letrina donde Eduardo II agoniza.

Sobriedad, medida, trabajo extraordinario de actores como pocas veces se encuentra, un regusto en la composición de grupos, de volúmenes una pericia en el ritmo, una enorme versatilidad para provocar la visión del espectáculo desde todos los ángulos que cubren los espectadores, acomodados en los palcos, en torno a la escena circular y en las gradas que se han dispuesto en el lugar donde estaba el escenario; una luz precisa, capaz de arrancar a la tierra y a los hermosísimos trajes de Fabia Puigserver calidades de pintura, tonos inciertos y sorprendentes.

Dice Lluís Pasqual que tal vez ni Eduardo II, ni ningún espectáculo pueda reflejar ya nuestra realidad, "pero aún le queda a nuestro viejo arte que se resiste a morir, la fuerza y la autenticidad de un gran acto de amor y de comprensión entre los hombres". Eso es, precisamente, este espectáculo. ■